

EL PAPEL DE LA JERARQUÍA ECLESIASTICA DURANTE LA GUERRA CIVIL

Alberto Reig Tapia

Universitat Rovira i Virgili

Resumen. La bondad del fin perseguido, la prevalencia del mensaje evangélico y la defensa de sus intereses materiales y espirituales posicionaron a la Iglesia española claramente en contra del orden republicano dando apoyo moral, logístico y material a las tropas sublevadas. La Iglesia, «oficialmente», no tomó partido de inmediato en contra de la Segunda República, pero la quema de cinco iglesias y conventos en Madrid —a un mes escaso de su proclamación— por turbas incontroladas y otros incidentes similares no hicieron sino reafirmar y aumentar la desconfianza, el recelo y, en definitiva, la enemistad de la Iglesia frente al régimen republicano. Contra este se posicionó rápidamente la jerarquía eclesiástica española, que lejos de mantenerse neutral, como le hubiera correspondido hacer en un conflicto civil entre hermanos, se constituyó en la principal avalista de los rebeldes, que persiguieron implacablemente a la España laica y liberal, consintió y calló sus desafueros, y dio apoyo moral a la dictadura hasta bien entrada la década de los sesenta.

Palabras clave: Guerra civil; Iglesia y poder; franquismo.

THE ROLE OF THE ECCLESIASTICAL HIERARCHY DURING THE CIVIL WAR

Abstract. The goodness of the end they sought, the prevalence of the evangelical message and the defence of their material and spiritual interests clearly positioned the Spanish Church against the Republican system as they gave moral, logistic and material support to the troops that had rebelled. “Officially”, the Church did not immediately take sides against the Second Republic, but the burning of five churches and convents in Madrid – hardly a month since it had been proclaimed – by frenzied mobs and other similar incidents only reinforced and increased the lack of trust, suspicion and, in short, the enmity that the Church felt toward the Republican regime. The Spanish ecclesiastical hierarchy rapidly took up positions against the Republic, rather than keeping neutral which is what would have been more fitting in a civil conflict between brothers, became the foremost guarantor of the rebels, who relentlessly persecuted secular and liberal Spain, permitted and kept secret its excesses, and gave moral support to the dictatorship until well into the 1960s.

Key words: Civil War; Church and power; Francoism.

Benditos sean los cañones si en las brechas que abran florece el Evangelio
Miguel de los Santos Díaz y Gomara, obispo de Cartagena (1935-1949)

Las terribles palabras del obispo Díaz y Gomara ponen de manifiesto que pese a la descalificación general que siempre ha hecho la Iglesia de Nicolás Maquiavelo al justificar cualquier medio para alcanzar los fines perseguidos, una cosa es predicar y otra muy distinta dar trigo. La bondad del fin perseguido, la prevalencia del mensaje evangélico, la defensa de los intereses materiales y espirituales de la Iglesia, bien justificaba los medios que una guerra civil potencia, aun a costa, nada menos, que de la siembra de centenares de miles de hermanos y compatriotas muertos y asesinados.

Aunque no unánimemente, está claro que la mayor parte de la jerarquía de la Iglesia no solo apoyó tácitamente al eufemísticamente llamado *alzamiento nacional* (pues no fue una espontánea sublevación generalizada, sino puntual, y apenas quedó limitada en su desarrollo a la mitad del territorio nacional), sino también la propia guerra que provocó al secundar al llamado *bando nacional* primero y *bando franquista* después, pues era el que obviamente mejor iba a defender sus intereses. Las terribles palabras del obispo de Cartagena, Miguel de los Santos Díaz de Gomara, con las que se han abierto estas páginas son una muestra más, de suyo gravísima entre tantas otras que pronunciaron tantos prelados que podrían traerse a colación, puesto que rechazan abiertamente el mensaje de paz y fraternidad que es inherente a la Iglesia.

No obstante, dicho esto, hay que empezar por señalar que aún subsisten muchos tópicos relacionados con el papel desempeñado por la Iglesia en la Guerra Civil o, más específicamente, puesto que la Iglesia es la comunidad de los creyentes, por su jerarquía, no solo durante la contienda, sino desde la proclamación de la Segunda República el 14 de abril de 1931, y después.

Desde sectores prorrepublicanos, antifranquistas, de izquierdas, liberales o simplemente laicistas, es aún muy común señalar con el dedo a la Iglesia como la principal responsable de las conspiraciones contra la República que se armaron desde el mismo nacimiento del nuevo régimen y, a su vez, acusarla de haber apoyado a los sublevados del 17 al 19 de julio de 1936, desde el primer instante de modo ilimitado.

Es este un tema muy controvertido que aún suscita agrias polémicas, y sin embargo, es relativamente poco conocido, aunque la bibliografía disponible sobre este tema particular, la específicamente dedicada al

estudio de la Iglesia y la Guerra Civil, es ya bastante copiosa. De no ser así, no acabaría de entenderse que aún se mantengan muchos de los tópicos más manidos sobre esta cuestión de indudable interés historiográfico¹.

Hay que empezar por diferenciar entre la actitud de la Iglesia antes, durante y después del estallido del conflicto. Primero, se mantuvo ajena a la conspiración militar que encabezaba el general Emilio Mola, el Director, y a la conspiración civil, cuyo representante más destacado fue el diputado de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) y líder del Bloque Nacional, José Calvo Sotelo, asesinado la madrugada del 12 al 13 de julio, justo en las sangrientas vísperas del estallido de la guerra. También la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP) y la Acción Católica (AC) estaban al tanto de lo que se tramaba y esperaban su estallido con la mejor disposición para poder enderezar la trayectoria laicista emprendida por los gobernantes republicanos, buena parte de los cuales pertenecían a la masonería, considerada por la Iglesia como su enemiga natural. Una vez desencadenado el conflicto, la jerarquía eclesial se posicionó rápidamente para apoyar a los militares sublevados primero, al conglomerado franquista después, y a los nacionalistas españoles siempre.

El Requeté, que era el brazo armado de la Comunión Tradicionalista, fue el principal apoyo en Navarra del general Mola, y gozaba de numerosos

1 De entre ellos, cabe citar las monografías de Alfonso Álvarez Bolado: *Para ganar la guerra, para ganar la paz. Iglesia y Guerra Civil: 1936-1939*, Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 1995; José Andrés-Gallego: *El nombre de cruzada y la guerra de España*, Madrid: Aportes, 1988; Víctor Manuel Arbeloa: *La Iglesia en España, ayer y mañana. De la II República al futuro*, Madrid: Cuadernos para el Diálogo, 1968; Alfonso Botti: *El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid: Alianza, 1992; Vicente Cárcel Ortí: *La gran persecución. España, 1931-1939. Historia de cómo intentaron aniquilar a la Iglesia católica*, Barcelona: Planeta, 2000; Julián Casanova: *La Iglesia de Franco*, Barcelona: Crítica, 2001; José Manuel Cuenca Toribio: *Relaciones Iglesia-Estado en la España contemporánea, 1833-1985*, Madrid: Alhambra, 1989; Frances Lannon: *Privilegio, persecución y profecía. La Iglesia católica en España 1875-1975*, Madrid: Alianza, 1990; Juan Laboa: *Iglesia e intolerancias: la Guerra Civil*, Madrid: Atenas, 1987; Hilari Raguer: *La espada y la cruz (la Iglesia 1936-1939)*, Barcelona: Bruguera, 1977; Hilari Raguer: *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, prólogo de Paul Preston, Barcelona: Península, 2001; Gonzalo Redondo: *Historia de la Iglesia en España. La Segunda República, 1931-1936, y La Guerra Civil, 1936-1939*, vol. I y II, Madrid: Rialp, 1993; Juan José Ruiz Rico: *El papel político de la Iglesia católica en la España de Franco (1936-1971)*, Madrid: Tecnos, 1977. De obligada referencia es la importante edición de Miquel Batllori y Víctor Manuel Arbeloa (eds.): *Arxiu Vidal i Barraquer. Església i Estat durant la Segona República, 1931-1936*, cuatro tomos, nueve volúmenes, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1971-1991.

apoyos dentro del clero navarro dado su ferviente catolicismo. Por su parte, nada menos que un general del Ejército español, José Enrique Varela Iglesias, ascendido a general cuando era jefe del Estado Mayor Central Francisco Franco y ministro de la Guerra, José María Gil Robles, fue el instructor clandestino del Requeté, cuyas ordenanzas redactó él mismo bajo el seudónimo de Tío Pepe o Don Pepe en las sangrientas vísperas de la guerra.

La Iglesia no tomó «oficialmente» partido en contra de la Segunda República, pero la quema de cinco iglesias y conventos en Madrid a escasamente un mes de su proclamación por turbas incontroladas, que no fueron rápidamente reprimidas por el Gobierno, y otros incidentes similares no hicieron sino reafirmar y aumentar la desconfianza, el recelo y, en definitiva, la enemistad más o menos soterrada de la Iglesia contra el nuevo régimen. Esa falta de determinación por parte de las autoridades republicanas para atajar este tipo de incidentes y desórdenes públicos provocó el inicio de la enemistad contra la República por parte de los sectores conservadores y católicos, que en un inicio se habían mantenido neutrales tras la proclamación de la República.

Una de las razones más poderosas que ha contribuido a que se mantengan las distancias entre la España laica y la religiosa es la canonización de las víctimas de la represión padecida en la zona controlada por el Frente Popular. El Vaticano nunca cesó en su política de beatificación y canonización de estas víctimas, lo que se ha visto como un agravio comparativo por parte de los defensores de la República, puesto que sostienen, con razón, que en su campo también hubo «mártires», es decir, multitud de víctimas inocentes del terror desplegado por los sublevados en nombre y defensa de la religión, sin más delito, en este caso, que ser librepensadores o republicanos, quienes fueron igualmente asesinados por sus ideas y creencias, y que ni siquiera son canonizados moralmente, ni logran el reconocimiento y la reparación mínimos en el ámbito oficial que se merecen por parte del Estado y de la jerarquía eclesial. Para mayor inri, todo el movimiento de recuperación de la memoria histórica no se ve desde la España conservadora, de derechas, y más o menos heredera de la forjada por Franco, como una simple, elemental y lógica voluntad de reparación y reconocimiento de víctimas inocentes, sino como un revanchismo anacrónico de los sectores de izquierda, que jamás se resignaron ni se resignan a haber perdido la guerra.

La Guerra Civil española se ha definido de múltiples maneras: como una guerra internacional, de clases, antifascista por las izquierdas; como una cruzada religiosa por la jerarquía eclesiástica; como una guerra contra el comunismo por las derechas; y como una gran guerra nacional por ambos bandos². Efectivamente, un poco de todo esto fue, pero las derechas, al apoyarse y defender los valores religiosos que creían puestos en grave peligro por el laicismo y la defensa de la revolución, ofrecieron la mejor cobertura ideológica para la defensa de su causa. Fueron esos sentimientos religiosos los que movilizaron a la mayor parte de los españoles que combatieron contra la República. La pugna entre laicos y religiosos, clericales y anticlericales, creyentes y agnósticos fue para muchos un nuevo remedo de las guerras carlistas que habían enfrentado a tradicionalistas y a liberales a lo largo de todo el siglo XIX. No obstante, de ningún modo puede calificarse la Guerra Civil española de 1936 a 1939 como la cuarta guerra carlista, como han pretendido algunos.

Las guerras carlistas fueron guerras decimonónicas localizadas que nunca alcanzaron todo el territorio nacional y ponían de manifiesto los últimos rebufos del absolutismo monárquico frente al liberalismo y el constitucionalismo, mientras que la Guerra Civil española fue, en todo caso, una guerra civil generalizada que abarcó prácticamente todo el territorio nacional. Fue la primera guerra moderna que enfrentó a las democracias con los totalitarismos emergentes propios del siglo XX dentro del conflictivo contexto de entreguerras (1919-1939).

La idealización de este conflicto civil al transformarlo en una nueva cruzada por la fe pronto fue esgrimida con éxito por no pocos clérigos ante el escándalo de la comunidad de los creyentes. Esta caracterización nacía de la idea de que los sentimientos religiosos de los españoles, considerados inherentes a su idiosincrasia, estaban siendo atacados por el laicismo que desplegaba el régimen republicano. En cualquier caso, la Iglesia fue la gran legitimadora del llamado *alzamiento nacional*, cuyo fracaso parcial provocó la guerra. Fue copartícipe de su resultado final y exaltó sin límite la

2 Para una caracterización teórica de la Guerra Civil, véase: Edward Malefakis: «Perspectivas históricas y teóricas de la guerra», en Edward Malefakis (dir.): *La Guerra Civil española*, Madrid: Taurus, 2006, pp. 13-43. Asimismo, concretamente para la apropiación del término *nacional* por ambas Españas combatientes, véase: José Álvarez Junco: «La Guerra Civil como guerra nacional», en *Ibidem*, pp. 579-620. Sobre esta cuestión es fundamental el estudio de Xosé M. Nuñez Seixas: ¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la *Guerra Civil española (1936-1939)*, Madrid: Marcial Pons Historia, 2006.

victoria de media España sobre la otra media para, a continuación, formar un sólido bloque de defensa de intereses mutuos con la dictadura del general Franco hasta los años de *aggionamiento* que propició el Concilio Vaticano II, iniciado bajo el papado de Juan XXIII en los primeros años de la década de los sesenta, que empezó a resquebrajar la unanimidad y complacencia de su jerarquía con la dictadura del general Franco. Este no entendió jamás «la traición» de la Iglesia para con su régimen, que tanto había favorecido sus intereses. La cárcel concordatoria de Segovia empezó a llenarse de curas obreros que optaron por hacerse copartícipes de las reivindicaciones sociales y políticas de las clases trabajadoras, lo que provocó que el 18 de julio el régimen franquista se enemistara con buena parte del sector más joven y dinámico del sacerdocio español.

Por tanto, aunque pudiera pensarse que la Iglesia colaboró en la conspiración y los preparativos de la sublevación sobre la base de que la política laicista del Estado republicano era particularmente lesiva para sus intereses en materia educativa, lo que le permitía disponer de una importantísima red social para la transmisión ideológica de sus valores religiosos, la realidad fue que la Iglesia no estuvo más implicada, salvo en casos muy aislados, que en el hecho de conocer los rumores que corrían más o menos de forma generalizada, en el sentido de que se estaba tramando un golpe de Estado encabezado por los militares, y que, obviamente, no denunció. «Pecó» si acaso por omisión, pero no por acción.

Estallada la Guerra Civil, la Santa Sede no compartió la actitud beligerante de la Iglesia española. El papa no dijo nada al inicio de la contienda y su primera toma de posición oficial fue su famoso discurso en su residencia veraniega de Castelgandolfo el 14 de septiembre de 1936, pronunciado ante unos 500 refugiados españoles. Muchos esperaban expectantes del discurso un posicionamiento más firme por parte del papa a favor de los sublevados o quizá que Pío XI santificara la guerra o la calificara de *cruzada*, pero no fue así, y se refirió al horror de una «guerra civil» entre los hijos de un mismo pueblo y de una misma madre patria. Hubo asistentes que arrojaron al suelo el folleto del discurso repartido antes del acto —pues había sido escrito previamente para no concederle a la improvisación el menor desliz—, lo que manifestaba la irritación y decepción que la moderación del papa expresaba en sus palabras cuando todos esperaban de él una toma de postura más radical y un claro apoyo a los rebeldes al Gobierno de la República.

En la España franquista se difundió el discurso a conveniencia. Solo se publicaron los párrafos más explícitos y favorables a los sublevados, y se ocultaron aquellos otros que se referían sutilmente a sus evidentes excesos. El resultado fue que este discurso se mutiló debidamente a favor de la causa de los alzados. No obstante, provocó un fuerte descontento en ambas zonas³.

La actitud de la jerarquía eclesiástica española fue muy distinta a la del Vaticano y se lanzó en tromba a desarrollar una especie de teología de guerra encaminada a calificar de *cruzada* la guerra al santificar a los soldados que entregaban su vida en defensa de la religión y de la patria. El enfrentamiento entre los partidarios de un estado confesional y los de uno aconfesional ya venía arrastrándose, como se ha dicho, desde el siglo XIX, y la guerra no hizo sino radicalizar ambas posiciones, lo que exacerbó el clericalismo de unos y el anticlericalismo de los otros.

La gran justificación ideológica de la sublevación se centraba en la defensa de la tradición española frente a la colonización de ideas impropias al verdadero y genuino espíritu nacional, que se había visto infectado por ideas ajenas de la mano de la literatura disolvente que generaban los librepensadores y las izquierdas. El poeta oficial del franquismo y el predilecto del general los calificó como «envenenadores del alma popular», lo que no es de extrañar, ya que José María Pemán exaltaba la «voz de trueno» del Caudillo «de la dulce sonrisa» de la España por él acaudillada. El poder había sido usurpado violentamente por los republicanos revolucionarios, por los marxistas y los anarquistas, por los «sin Dios» en definitiva, frente a los cuales estos teólogos pasaron a desarrollar la idea de *cruzada*, lo que transformó una guerra civil en una guerra santa. La represión desatada en la zona controlada por la República permitió la utilización de esta idea para legitimar y sacralizar la causa de los sublevados.

Toda esa violencia, el terror y la persecución religiosa desplegados en la zona republicana como consecuencia de la sublevación, y los falsos bulos de la implicación de miembros del clero en la beligerancia antirrepublicana, salvo casos aislados, pusieron en bandeja de plata la explotación de toda esa literatura justificativa. El desmoronamiento de la autoridad del Estado hizo posible que criminales de toda clase, bajo la cobertura de banderas y signos revolucionarios diversos, asesinaran a 12 obispos, a 4 184

³ Véase un detallado relato al respecto en Hilari Ragner: *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, prólogo de Paul Preston, Barcelona: Península, 2001, pp. 119-125.

sacerdotes seculares, a 2 635 religiosos y a 283 religiosas. En total, han podido contabilizarse nada menos que 7 102 víctimas de la furia «revolucionaria», lo que da una idea de la sanguinaria persecución desatada en la zona gubernamental, que contribuyó notablemente a desacreditar el buen nombre de la República en amplios sectores católicos, no solo nacionales, sino también extranjeros, que en principio, no apoyaban explícitamente el llamado *alzamiento nacional*⁴.

El caldo de cultivo para la santificación de esta guerra estaba sembrado. Los grandes constructores de esta tesis, sacerdotes con preparación filosófica, bebían en las fuentes del pensamiento reaccionario español del siglo xix⁵. Uno de los más destacados fue el canónigo magistral de la catedral de Salamanca, Aniceto de Castro Albarrán, quien retomó la doctrina de resistencia al tirano, cuestión sobre la que ya había incidido durante la República. En una alocución pronunciada desde Inter-Radio de Salamanca, bajo el significativo título de *La licitud del movimiento armado*, dijo lo siguiente: «¡Ah! ¡Cuando se sabe cierto que al morir y al matar se hace lo que Dios quiere, ni tiembla el corazón al encontrarse cara a la muerte! Ni tiembla el pulso al disparar el fusil o la pistola»⁶.

Castro Albarrán argumentaba sobre la licitud e ilicitud de los gobiernos y si un pueblo puede tomar las armas contra el poder y, apoyándose en Diego Saavedra Fajardo y Santo Tomás de Aquino, aducía que cuando el Gobierno es injusto, degenera en tiranía o atiende a sus propios intereses, no queda más recurso que las armas. Y terminaba diciendo: «Será nuestro grito el grito de los cruzados: Dios lo quiere. ¡Viva España católica! ¡Arriba la España de Isabel la Católica!»⁷.

Retomar los viejos eslóganes guerreros de las cruzadas para recuperar el santo Grial, secuestrado en tierra de infieles, y a los Reyes Católicos, como el brazo armado de la cristiandad en su lucha contra el turco, proporcionaba abundante material propagandístico en defensa de la religión tradicional y de la patria ante las novedades que proporcionaba la modernidad trufada de ideas ajenas y extrañas a la idiosincrasia española.

4 Antonio Montero Moreno (1961): *Historia de la persecución religiosa en España 1936- 1939*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1998. Este libro constituye el estudio de referencia para la cuantificación de este tétrico capítulo.

5 Véase Javier Herrero (1971): *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid: Alianza, 1994.

6 *El Adelanto*, Salamanca, 16 de agosto de 1936, p. 3.

7 *Ibidem*.

El padre dominico Ignacio González Menéndez-Reigada, apoyándose en Santo Tomás, justificaba la sublevación militar pese a reafirmarse en la doctrina tradicional de la Iglesia de acatar el poder constituido y calificar la Guerra Civil de *santa*, y contestaba al filósofo católico francés Jacques Maritain, que se había escandalizado ante semejante calificación, apoyándose en el siguiente antiguo principio escolástico:

La razón de ser de dos cosas contrarias es la misma (*contrariorum eadem ratio*). Es así que por parte de nuestros enemigos la razón fundamental de la guerra es *lo santo* en sentido contrario. Luego la guerra por parte de los nacionales tiene por razón fundamental *lo santo*, y es por consiguiente «guerra santa»⁸.

Por su parte, el padre jesuita Juan de la Cruz Martínez dijo: «El *non occides* del decálogo solo reza con la muerte injusta»⁹. A su juicio, no se trataba de una guerra entre hermanos:

Es guerra de un puñado de hijos valientes de la Iglesia contra el enemigo común de su madre. Es guerra solo comparable a la coalición europea contra el turco, tan encarecidamente excitada y fomentada por san Pío V y tan gloriosamente coronada con el éxito de Lepanto¹⁰.

La conclusión no puede ser más obvia: no se trataba de una rebelión, sino de una cruzada¹¹. Se niega el carácter civil del conflicto al ignorar por completo sus implicaciones políticas, económicas y sociales para, al sacarlo de contexto, calificarlo de *cruzada*, de lucha del espíritu contra la materia, de un feroz enfrentamiento entre civilizaciones: la comunista y la cristiana. En definitiva, o se estaba con Dios o se estaba contra Dios.

Marcelino Olaechea, obispo de Pamplona, en una circular publicada el 23 de agosto afirmaba lo siguiente:

No es una guerra la que se está librando; es una cruzada, y la Iglesia, mientras pide a Dios la paz y el ahorro de la sangre de todos sus hijos —de los que aman

8 Ignacio González Menéndez-Reigada: *Acerca de la «guerra santa»*. *Contestación a M. J. Maritain*, Salamanca: Est. Tip. de Calatrava, 1937, p. 5.

9 Juan de la Cruz Martínez (S. J.): *¿Cruzada o rebelión?* Estudio histórico-jurídico de la actual guerra de España, Zaragoza: Librería General, 1938, p. 168.

10 *Ibidem*, pp. 209-210.

11 *Ibidem*, p. 214.

y luchan por defenderla, y de los que la ultrajan y quieren su ruina— no pueden menos de poner cuanto tienen en favor de sus cruzados¹².

Era la primera vez que un prelado se refería a la Guerra Civil como «una cruzada» y a los combatientes del llamado *bando nacional* como «sus cruzados» a casi un año de que se hiciera pública la famosa *Carta colectiva* del episcopado español, en la que, contrariamente al tópico más extendido, pese a utilizar una vez la palabra *cruzada*, tampoco la jerarquía le otorgaba oficialmente en ese importante documento a la Guerra Civil la condición de ser una cruzada religiosa. Franco, en una de sus primeras alocuciones del 24 de julio de 1936, utilizó expresiones como «cruzada patriótica» y «cruzados de España», pero sin dotarlas de la significación que rápidamente adquirieron.

Respecto a la asunción de la idea de *cruzada* por parte de los militares sublevados, no hay que olvidar que tanto el general Franco como el general Mola no habían dado nunca muestras de fervor religioso. El primero pasó rápidamente a ser influenciado por la corte de sacerdotes que acompañaban a su piadosa mujer y que lo halagaban sin descanso presentándolo como el enviado de Dios para salvar a España del ateísmo comunista. El segundo no pudo hurtarse en Navarra a la fuerza e influencia del Requeté, constituido por fervientes católicos convencidos de que se iniciaba otra guerra más contra el liberalismo y las doctrinas nihilistas de los marxistas y los anarquistas españoles. Mola, incluso, era partidario de la separación entre la Iglesia y el Estado, pretensión de la que rápidamente tuvo que olvidarse dada la masa combatiente de que pudo disponer, fundamentalmente constituida por devotos navarros que se apresuraron a enrolarse en las filas de los sublevados al grito de «¡por Dios y por la patria!».

Mola, en una arenga pronunciada desde los micrófonos de Radio Castilla de Burgos el 15 de agosto de 1936, en la que trataba de justificar su rebelión, se refirió al presidente Manuel Azaña en unos términos más propios de un gañán que de lo que cabría esperar de un general del Ejército español. Aún inmerso en la locura que él mismo había contribuido a desatar, son inconcebibles los términos en los que se refirió al presidente Azaña:

Solo un monstruo de la compleja constitución psicológica de Azaña pudo alentar tal catástrofe; monstruo que parece más bien producto de las absurdas

12 *Diario de Navarra*, Pamplona, 23 de agosto de 1936.

experiencias de un nuevo y fantástico doctor Frankenstein que fruto de los amores de una mujer. Yo, cuando al hablarse de este hombre, oigo pedir su cabeza, me parece injusto. Azaña debe ser recluido, simplemente recluido, para que escogidos frenópatas estudien en él «un caso», quizás el más interesante, de degeneración mental, ocurrido desde el hombre primitivo hasta nuestros días.

Remató su inefable discurso tan alucinado general cambiando de tercio con estas piadosas palabras:

[...] la cruz sacada de los escombros de la España que fue, pues es la cruz, símbolo de nuestra religión y de nuestra fe, lo único que ha quedado y quedará intacto en esta vorágine de locura¹³.

Y un mes más tarde, con motivo de la toma de San Sebastián, ya empleaba sin rodeos la palabra *cruzada* y presentaba a España como la reudentora de Europa. Franco también comprendió rápidamente la extraordinaria munición legitimadora que la represión contra el clero desatada en la zona republicana le proporcionaba a la causa de los sublevados el 18 de julio.

El obispo de Tuy, Antonio García, fue también de los primeros en utilizar el término *cruzada* cuando declaró lo siguiente:

[...] la lucha actual no es una guerra civil sino una cruzada patriótica y religiosa en la cual combaten por un lado los hijos de España, sus buenos hijos, y por el otro, [...] unos hombres nacidos en España, pero que desecharon de su corazón el espíritu de España¹⁴.

Monseñor Enrique Pla y Deniel, obispo de Salamanca, fue uno de los preladados que más decididamente apoyó la rebelión. El 30 de septiembre de 1936 publicó su pastoral *Las dos ciudades*, en la que dijo lo siguiente:

Frente a tanta degradación humana de la ciudad terrena de los sin Dios, florece la ciudad celeste de los hijos de Dios, cuyo divino amor les eleva hasta las sublimidades del heroísmo y del martirio [...] hoy no necesitamos variar nada, en 1936, al bendecir a los cruzados de Cristo y de España, de lo que

13 General Emilio Mola Vidal: *Discurso pronunciado en Radio Castilla*, Burgos, 15 de agosto de 1936. Disponible en el siguiente enlace: <www.buscameenelciclodelavida.com/2013/08/discurso-del-general-mola-el-15-de.html>.

14 *Boletín Oficial del Obispado de Tuy-Pontevedra*, 16 de septiembre de 1936.

escribimos en 1931 [...] Ya no se ha tratado de una *guerra civil*, sino de una *cruzada* por la religión y por la patria y por la civilización.

Ante el peligro comunista en España, los obispos tenían que entregar sus pectorales y bendecir a los nuevos cruzados del siglo xx, pues el alzamiento español no era una guerra, sino «sustancialmente una cruzada por la religión, por la patria y por la civilización contra el comunismo», en la que le rogaban a Dios «la redención de España, de la España racial y auténtica», pues «una España laica no es ya España».

Ya hemos visto a qué abismos nos llevó una constitución zurcida con extranjerismos y a base de que España había dejado de ser católica. Lo dijo con gran clarividencia nuestro insigne Menéndez Pelayo: «España, evangelizadora de la mitad del orbe, España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de san Ignacio..., esa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra»¹⁵.

Concluida la guerra, este obispo publicó una segunda pastoral en la que resumía el espíritu de cruzada que la había alentado:

Hemos vivido juntos tres años históricos, de vida intensa, de preocupaciones y temores, de gozos y emociones; juntos hemos vertido lágrimas por infortunios patrios y hemos orado para que el Señor de los Ejércitos diera el triunfo a nuestros combatientes; hemos ofrendado sufragios por nuestros héroes y mártires y hemos entonado gozosos tedeums por sucesivas victorias que han culminado en la liberación total, en la verdadera resurrección de España. Los aleluyas pascuales suenan más jubilosos que nunca en nuestra patria. Al celebrar el aniversario de la resurrección de Cristo celebramos en 1939, en el año de la victoria, la resurrección de España. Alabemos con júbilo a Dios, el fin de una cruzada victoriosa por Dios y por España¹⁶.

El espíritu de cruzada estuvo siempre presente, aunque soterradamente, desde el mismo comienzo de la Guerra Civil, pero fue, sin duda, la persecución de la que fue objeto el clero en la zona republicana la que empezó a proporcionar argumentos bastante más sólidos que los meramente teológicos para transformar una guerra civil en una cruzada religiosa. A la mayor parte de los prelados españoles, con las excepciones

15 Enrique Pla y Deniel: «Las dos ciudades», *Boletín Oficial Eclesiástico de Salamanca*, 30 de septiembre de 1936.

16 Enrique Pla y Deniel: «El triunfo de la ciudad de Dios y la resurrección de España», *Boletín Oficial Eclesiástico de Salamanca*, 28 de mayo de 1939.

bien conocidas, entre ellas, el arzobispo de Tarragona Vidal i Barraquer, la idea de *cruzada* les era particularmente bienquista, pero, obligados a la obediencia y fidelidad debidas a sus superiores y particularmente al papa, se mantuvieron expectantes a la espera de que el Vaticano se pronunciara oficialmente sobre el conflicto español.

La famosa *Carta colectiva* del episcopado español a los obispos del mundo entero sobre las causas de la guerra el 1 de julio de 1937 fijaba la postura oficial de la Iglesia española ante la Guerra Civil. La redactó, básicamente, el cardenal primado de Toledo Isidro Gomá y Tomás, con algunas aportaciones doctrinales de Pla y Deniel, obispo de Salamanca, y de estilo de Eijo Garay, obispo de Madrid-Alcalá. No es ninguna novedad que no fuera producto de una espontánea voluntad de la jerarquía eclesiástica española, sino que fuera escrita ante la petición formal que Franco le hizo el 10 de mayo al cardenal Gomá, con el ruego explícito de que se dirigieran a todos los obispos del mundo y se reprodujera el texto en la prensa católica extranjera, que se manifestaba muy crítica con lo que sucedía en la zona controlada por Franco. Gomá y Tomás se había mostrado incluso reticente ante la petición de otros prelados por considerar tal iniciativa «inútil y hasta contraproducente», pero la petición de Franco le hizo cambiar rápidamente de opinión¹⁷. Como bien explica el padre Hilari Raguer:

[La carta] no tenía por objeto iluminar la conciencia de los católicos españoles sino contrarrestar con toda la autoridad moral de la jerarquía la propaganda internacional adversa al movimiento, y en especial la repugnancia de muchos católicos extranjeros al carácter de cruzada que tanto los generales como los obispos estaban dando a la guerra¹⁸.

La carta, sorprendentemente, no establecía que la Guerra Civil fuera una cruzada, pese a que ya había casi transcurrido un año desde su comienzo. El propio Gomá y Pla y Deniel ya se habían pronunciado en el sentido de dotar de carácter de cruzada a esta guerra, pero Gomá no consideró que esa denominación fuera adecuada para la carta, ya que pensaba que no sería del agrado del papa Pío XI, cuya aprobación y respaldo necesitaba imperativamente.

17 Hilari Raguer: *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, prólogo de Paul Preston, Barcelona: Península, 2001, pp. 151-152.

18 *Ibidem*, p. 155.

Se trata, obviamente, de un texto fundamentalmente político más que religioso o social, puesto que se trataba de mostrar el respaldo de la Iglesia a los partidarios de la llamada *causa nacional*. Se afirma de forma generalizada que la firmaron todos los prelados a excepción de dos: los obispos de Vitoria, Mateo Múgica, y de Tarragona, Francisco Vidal i Barraquer. Sin embargo, esto no es exacto, puesto que fueron cinco los que no firmaron, aunque fueran de desigual importancia. Lo hicieron 43 obispos y cinco vicarios capitulares. No lo hizo, aparte de los citados, el obispo de Menorca, Juan Torres Ribas, ya anciano, medio ciego e incomunicado con el exterior en una isla controlada por el Gobierno republicano. Tampoco lo hizo el cardenal Pedro Segura y Sáez, que se encontraba en Roma y a quien seguramente Gomá no le pidió su firma porque era arzobispo dimisionario de Toledo. El quinto fue el obispo de Orihuela-Alicante, Javier de Irastorza Loinaz, quien se encontraba «suspendido», al parecer por una oscura cuestión de divisas. Puede considerarse también que hubo un sexto, el obispo de Urgel y copríncipe de Andorra, Justino Guitart Vilardebó, pese a que acabó por «firmarla». Manifestó que no tenía inconveniente en hacerlo si lo hacían todos los prelados que se encontraban fuera de España, lo que era una manera de decir que si no firmaba su íntimo amigo Vidal i Barraquer, él tampoco lo haría. No cabe duda de que lo acabó haciendo por presiones y con la aquiescencia de Vidal i Barraquer, quien consideró que con su postura testimonial bastaba, puesto que permaneció fuera de España hasta el final de la guerra, lo que, obviamente, desagradó a las autoridades franquistas. Tras su regreso, defendió el uso del catalán y se negó a colaborar en la represión de los vencidos.

Mateo Múgica no firmó la carta, dolido con la Junta de Defensa que lo había expulsado de su sede y por los sacerdotes que habían fusilado los nacionales. Sin embargo, Vidal i Barraquer ofrece el caso más destacado y significativo, pues justificó no hacerlo argumentando, no sin razón, que se le daría al texto una «interpretación política» y que empeoraría la situación de los eclesiásticos que se encontraban en la zona republicana, y juzgaba peligroso doblegarse a las sugerencias de «personas extrañas a la jerarquía en asuntos de su incumbencia», así como a las exigencias del nuevo régimen que se estaba gestando, aunque sobre todo creía que la Iglesia no debía identificarse con ninguno de los dos bandos, sino más bien hacer obra de pacificación¹⁹. Lo pagó caro, pues no le dejaron volver a su sede de Tarragona y murió en el exilio.

19 Hilari Raguer: *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, prólogo de Paul Preston, Barcelona: Península, 2001, pp. 156-158.

En cualquier caso, frente a opiniones aún muy extendidas de que la carta consideró la Guerra Civil como una cruzada, cabe decir que esto demuestra que quienes lo dicen no la han leído, pues en el largo texto de la carta se hace alusión reiteradamente al conflicto como «guerra civil», «movimiento» o «movimiento nacional», pero nunca se lo califica de *cruzada*:

Nuestro país sufre un trastorno profundo: no es solo *una guerra civil* cruentísima la que nos llena de tribulación; es una conmoción tremenda la que sacude los mismos cimientos de la vida social y ha puesto en peligro hasta nuestra existencia como nación [...]

La *guerra de España* es producto de la pugna de ideologías irreconciliables; en sus mismos orígenes se hallan envueltas gravísimas cuestiones de orden moral y jurídico, religioso e histórico. [...]

Al estallar *la guerra* hemos lamentado el doloroso hecho, más que nadie, porque ella es siempre un mal gravísimo, que muchas veces no compensan bienes problemáticos, porque nuestra misión es de reconciliación y de paz: «Et in terra pax». Desde sus comienzos hemos tenido las manos levantadas al cielo para que cese. [...]

[...] siendo *la guerra* uno de los azotes más tremendos de la humanidad, es a veces el remedio heroico, único, para centrar las cosas en el quicio de la justicia y volverlas al reinado de la paz. Por eso la Iglesia, aun siendo hija del Príncipe de la Paz, bendice los emblemas de la guerra, ha fundado las órdenes militares y ha organizado cruzadas contra los enemigos de la fe.

No es nuestro caso. La Iglesia no ha querido *esta guerra* ni la buscó. [...] quien la acuse de haber provocado *esta guerra*, o de haber conspirado para ella, y aun de no haber hecho cuanto en su mano estuvo para evitarla, desconoce o falsea la realidad. [...]

[...] la *sublevación militar* no se produjo, ya desde sus comienzos, sin colaboración con el pueblo sano, que se incorporó en grandes masas al *movimiento* que, por ello, debe calificarse de *cívico-militar*²⁰.

Sin embargo, en este largo texto justificativo que trata de situarse por encima de las causas reales que provocaron la guerra, son de notar algunas importantes ausencias, carencias y limitaciones que Alfonso Álvarez Bolado destacó en su día y que también recoge y glosa Hilari Raguer²¹:

20 *Carta colectiva de los obispos españoles a los obispos de todo el mundo con motivo de la guerra en España*, Pamplona: Gráficas Descansa, 1 de julio de 1937. Los resaltes tipográficos son propios.

21 Alfonso Álvarez Bolado: *Para ganar la guerra, para ganar la paz. Iglesia y Guerra Civil: 1936-1939*, Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 1995, pp.163-165; e Hilari Raguer:

1. Trivialización del conflicto social de que adolecía la guerra.
2. Simplificación del conflicto vasco.
3. Falta de sensibilidad de los valores de orden democrático.
4. La insuficiencia y el disimulo respecto a la represión en el bando nacional.

Es evidente que la Iglesia carecía de sensibilidad social y había apoyado siempre a los partidos más de derechas e insensibles a las graves dificultades en las que se hallaban las clases subalternas, por lo que no sorprende demasiado que estos sectores sociales vieran a la Iglesia como su enemiga de clase. Igualmente, presentar a los vascos como «enemigos» conocido su fervor religioso resultaba incoherente. Por otra parte, es obvio el poco fervor de la Iglesia por el régimen democrático al incurrir en la simplicidad de considerar a todos los demócratas republicanos comunistas y revolucionarios. Muchos de sus prelados eran de manifiesta orientación ultraderechista y, por tanto, tan extremistas como sus contrarios, a los que se denunciaba precisamente por su radicalismo. Y, finalmente, la ausencia manifiesta de condena (salvo en contadísimas y desapercibidas excepciones) del terror desplegado por el bando franquista con el beneplácito y bajo las órdenes de sus más altas autoridades mermaron considerablemente la autoridad moral de la que pretendían revestirse los obispos firmantes de la carta colectiva.

La influencia de esta carta fue notable y constituyó un arma propagandística de inapreciable valor para la causa franquista. Lo peor fue que ignoraba por completo la feroz represión a la que se abandonó el bando que la propia Iglesia apoyaba con tanta determinación. Hoy se sabe que la iniciativa no fue de los obispos, sino del propio general Franco, con el fin de contrarrestar la propaganda exterior contraria al llamado *movimiento nacional* por él liderado e impedir a toda costa una paz negociada como trataba de auspiciar el Vaticano.

48 prelados firmaron esta carta, que tuvo una importancia decisiva y una gran influencia en los medios católicos del mundo entero, pero en ella no se utilizó la palabra *cruzada* en el sentido que ya era de uso común en la España franquista. Fue editada en 13 idiomas e inmediatamente después, el Vaticano reconoció oficialmente el Gobierno de Franco.

La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939), prólogo de Paul Preston, Barcelona: Península, 2001, pp. 162-164.

Concluida la guerra, el cardenal Gomá publicó el 8 de agosto de 1939 su carta pastoral *Lecciones de la guerra y deberes de la paz*. Allí decía que «Dios ha demostrado su predilección en favor de la España nacional» y que «Dios nos ha conducido amorosamente a la victoria».

A la hora del triunfo, el cardenal resumía a la perfección las tesis esenciales con las que la jerarquía había justificado la guerra:

[...] empezamos a caer el día en que empezamos a no vivir en español; en que se inocularon en nuestras venas los gérmenes de un pensamiento y de una civilización que no eran los nuestros; en que judíos y masones, fuera de la ley, o contra la ley, o con la ley cuando llegó su hora, envenenaron el alma nacional con doctrinas absurdas, con cuentos tártaros o mongoles aderezados y convertidos en sistema político y social en las sociedades tenebrosas manejadas por el internacionalismo semita y que eran diametralmente opuestos a las doctrinas del Evangelio, que han labrado en siglos nuestra historia y nuestra alma nacional [...] Es el alma mala de la anti-España y el alma buena de España, que se han citado en los campos de batalla. Es el alma de nuestra historia hidalga, el alma vieja de nuestros padres que les ha salido al paso al alma bastarda de los hijos de Moscú²².

Por lo que respecta a la última afirmación, está historiográficamente testado que tanto la revolución como la contrarrevolución, tanto comunista como fascista, habían fracasado en España. Fue la sublevación de los militares y su transformación en guerra civil lo que activó, primero y paradójicamente, la contrarrevolución, e inmediatamente a continuación, la revolución. En las elecciones de febrero de 1936, José Antonio Primo de Rivera, líder del fascismo español, pese a presentarse en varias circunscripciones, no consiguió salir electo en ninguna de ellas, y los diputados comunistas eran apenas 17 en un parlamento constituido entonces por 473 diputados.

Y respecto a la tesis fundamental de una tradición nacional española, específica y genuina, frente a la importación de idearios extraños a nuestra idiosincrasia y que tales fueran la causa de nuestras desgracias, hay que decir con toda claridad que no se corresponde en absoluto con la realidad. Es historiográficamente insostenible.

Los grandes tradicionalistas españoles aireados por Marcelino Menéndez Pelayo están todavía más influenciados por el pensamiento con-

22 Isidro Gomá y Tomás: *Por Dios y por España*, Barcelona: Rafael Casulleras Librería Editorial, 1940, pp. 312-314.

trarrevolucionario europeo que los propios ilustrados y afrancesados españoles. El abate Agustín de Barruel, el padre Francisco Alvarado (el Filósofo Rancio), fray Fernando de Ceballos, Rafael de Vélez (Manuel Anguita Téllez), etc. están absolutamente influenciados por las corrientes doctrinales europeas surgidas como oposición al pensamiento ilustrado y a los planteamientos políticos de la Revolución francesa²³.

La Guerra Civil española, en definitiva, fue eso, una guerra civil, que cada parte de España en lucha trató de justificar y legitimar de acuerdo con sus principios y valores. Pero, indiscutiblemente, la legalidad y la legitimidad estuvieron de la parte gubernamental o republicana, pese al descontrol que se produjo en su zona, fundamentalmente provocado por la propia rebelión. Los sublevados y rebeldes al orden constitucional existente, mal llamados *nacionales*, puesto que solo representaban a una parte de la nación, no a toda, desplegaron sus razones y sentimientos que, efectivamente, eran representativos de la España conservadora y antirrepublicana, pero la legitimidad jurídica, política e histórica estaba del lado republicano, como tiene más que corroborado la historiografía del periodo. Y contra ella se posicionó rápidamente la jerarquía eclesiástica española, que lejos de mantenerse neutral como le hubiera correspondido hacer en un conflicto civil entre hermanos, se constituyó en la principal avalista de los rebeldes, que persiguieron implacablemente a la España laica y liberal; consintió y calló sus desafueros; y dio apoyo moral a la dictadura hasta bien entrada la década de los sesenta.

Hubo algunas notables excepciones de sacerdotes y responsables eclesiásticos que, pese a la matanza desencadenada en las zonas donde fracasó la sublevación militar, se esforzaron por no avivar la represión y trataron de evitar la muerte de inocentes. Cabe destacar el caso del padre Fernando Huidobro Polanco, que estudiaba en Alemania con Heidegger y se unió como capellán de la Legión a la columna del comandante Castejón, un militar duro y cruel que no se andaba con miramientos en su carrera hacia la capital. Probablemente espantado por las matanzas indiscriminadas de las que era forzoso testigo, redactó dos escritos: uno dirigido a las autoridades militares y otro, al Cuerpo Jurídico Militar, que constituían algo así como unas normas de procedimiento y conciencia. Las hizo extensivas a numerosas autoridades militares y a capellanes castrenses, pero como re-

23 Véase: Javier Herrero: *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid: Alianza, 1998; y José Luis Abellán: «Historia crítica del pensamiento español», *Del Barroco a la Ilustración (siglos XVII y XVIII)*, tomo III, Madrid: Espasa-Calpe, 1981.

sulta obvio, los militares africanistas no eran unos «locos» descontrolados o estaban rebasados por sus propias tropas incontrolables, sino que las ejecutaban.

Unos legionarios muy disciplinados que cumplían fríamente las instrucciones recibidas, programadas de antemano por el Director del movimiento, el general Mola, y asumidas por Franco, Varela, Yagüe, Castejón y todos los jefes de las columnas²⁴.

Pero como el propio padre Hilari Ragner señaló, el caso del padre Huidobro y alguno más eran excepcionales. Sobre la Iglesia española pesa una grave responsabilidad, pues al menos fue cómplice por omisión por lo que respecta a la represión. Fue hipersensible con sus víctimas, pero insensible con las otras. El episcopado español «tampoco tuvo piedad» en sus palabras. Los bombardeos de Barcelona en marzo de 1938 eran «bombardeos terroristas», como se deduce de las propias órdenes de Mussolini. La Santa Sede condenó tales matanzas innecesarias y carentes de justificación militar, «pero la Iglesia española guardó silencio»²⁵.

En pleno acuerdo con Hilari Ragner, a la hora de referirse al papel desempeñado por la Iglesia en la Guerra Civil no hay que simplificar y se debe «distinguir entre la actitud del Vaticano y la que adoptó la gran mayoría del episcopado español [...] el Vaticano fue mucho más humano y menos belicoso que los obispos españoles»²⁶.

La Iglesia como institución nunca ha pedido perdón por el papel beligerante que adoptó durante la Guerra Civil al posicionarse claramente a favor de una de las partes en lucha, lo que, inevitablemente, condujo al sectarismo y al maniqueísmo, puesto que se ignoró que en un conflicto civil de semejantes dimensiones quedan repartidos aleatoriamente en zonas del país personas de muy distintas ideologías, intereses y creencias. No todo el mundo puede elegir libremente *su* bando, y encontrarse en el bando contrario condiciona y distorsiona la visión de conjunto y el quién, el qué, el porqué y el para qué de la guerra.

Hubo un intento por parte de la Iglesia de pedir pública y corporativamente perdón por su actitud durante la Guerra Civil muchos años

24 Hilari Ragner: «La Iglesia», en Ángel Viñas (ed.): *En el combate por la historia. La República, la Guerra Civil, el franquismo*, Barcelona: Pasado y Presente, 2012, pp. 448-449.

25 *Ibidem*, pp. 450-451.

26 *Ibidem*, p. 457.

después. La asamblea conjunta de obispos y sacerdotes que se celebró en Madrid en septiembre de 1971 votó la siguiente propuesta.

«Si decimos que no hemos pecado, hacemos a Dios mentiroso y su palabra ya no está en nosotros» (I Jn I, 10). Así pues, reconocemos humildemente y pedimos perdón porque nosotros no supimos a su tiempo ser verdaderos «ministros de reconciliación» en el seno de nuestro pueblo, dividido por una guerra entre hermanos.

No obstante, no logró la mayoría requerida de dos tercios que exigía el reglamento de la asamblea para ser adoptado. Se intentaron algunas matizaciones, pero las votaciones no consiguieron alcanzar los dos tercios requeridos. En definitiva, 76 años después del final de la Guerra Civil aún queda pendiente una declaración de estas características por parte de la Iglesia que permita pasar página definitivamente a esta cuestión.